

# UC Berkeley

Lucero

## Title

Antonico

## Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/9qj9b7m6>

## Journal

Lucero, 13(1)

## ISSN

1098-2892

## Author

Cisneros, Julio

## Publication Date

2002

## Copyright Information

Copyright 2002 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at

<https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

## ANTONICO

---

### *Julio Cisneros / México*

“Bienaventurados los pobres de espíritu,  
porque de ellos es el reino de los cielos” Mateo 5:3

El día que murió su abuelo vino a darse cuenta que sin lugar a dudas el corazón empieza a morir cuando se empiezan a extrañar las cosas, mira que estarlo comprobando frente a la tumba de su abuela nueve meses después. Que complicado parecía todo el mundo en ese tiempo. “Complicated” le escuchó pronunciar a la profesora cierta vez y no supo porque se acordó del sonido el día que cruzaba por última vez las calles de la avenida José Clemente Orozco rumbo a la central camionera. Entre abrazos, pañuelos mocosos y lágrimas ajenas estropeándole su camisa nueva, lo ofuscó la sensación del ritual de despedida. Gente hacía fila para despedirse y hacerle encargos, y pensó que así no podría rejuntrar suficientes memorias para su largo viaje y que se aburriría sin tener que rumiar en la mente. Eran tantas las cosas que había escuchado sobre ese nuevo mundo que optó por dejarlo en paz un rato y tratar de recuperar lo que aún era el mundo para él, aunque sin saber él por cuanto tiempo.

Apenas la tarde anterior comía sandía en la acera de enfrente con los tejuineros. Ahí doña Amparo les contaba sobre ese mundo extranjero donde todo funcionaba perfectamente bien, y donde seres hermosos de pieles como rayitos de sol y físicos como el de Adán y Eva vivían regiamente estructurando el mundo. Inventando los últimos mecanismos de la llamada tecnología, democracia y economía global. A veces todos soltaban la risa al escuchar sus cuentos y él se unía al conjunto de burlas pensando como podría otra gente funcionar tan bien, si su pueblo siendo mas chico y antiguo no lograba la plena armonía entre personas. Sin embargo quedaba en su memoria el movimiento de labios de doña Amparo y esos gestos añejos que tantas tardes sacaba describiendo las maravillas y prosperidades del nuevo mundo haciéndole rescatar el sueño que entre cantos de servicios dominicales llegó a oír decir la tierra prometida.

Lejos estaba su razón de comprender tanta palabra y frase desconocida que doña Amparo extraía de titulares de colores y de revistas de a peso que compraba en el mercado para transformarlas en fascinantes historietas con el tremendo poder de transportarlos a esos espacios de magia y esplendor que por ratos los distraían de presenciar el reprimir de tripas vacías implorando bocado. Así que nunca faltaba alguno que le insistiera que continuara contando sus experiencias como mujer de mundo en

esas tierras lejanas. A pesar que ciertas veces notó el vacilar de frases en doña Amparo remendando una mentira, le perdonaba el detalle pensando que a todo mundo en cierta ocasión le faltó el apoyo en un cuento o en una buena hada madrina.

A pesar que tan estúpido sonara todo ello muchos años después, reconoció que fue tan profundo el espacio que reservó para esos detalles. Aún cuando le despojaron cada rastro de inocencia siguió sintiendo de lejos la risa y las cosquillas que cierta gente como doña Amparo hacía emanar en su ser. Tal vez por eso cierta gente batallaba más para deshacerse de unas cosas que de otras, pero que culpa tenía la gente de decidir el impacto que quisieran recibir al separarse de lo que llegaban a entrañar. Ya habían desfilado muchos capítulos desde que llegó al nuevo mundo y se dio cuenta que entre la realidad y la fantasía no había mucha diferencia. Tampoco la habría entonces entre lo viejo y lo nuevo, lo alto o lo profundo. Tal vez sólo el tiempo separa las cosas en diferentes lugares. Mas ese espacio reservado no explicaba las caras que con más frecuencia llegaba a encontrarse día tras día y que a veces se volvían insoportables. Había estado en parques y galerías, en varias ciudades había cruzado las calles ya noche en silencio y bebido un trago en la terraza de cierto restaurante, aún en las caras de meseras aparecían reclamándole cosas o recitándole un verso o riéndose de él. Ni en los lugares que nadie sabía que frecuentaba se había alejado por completo de esas sombras que lo derrumbaban y ahogaban de preguntas e interrogantes.

¿Cómo pues podría entender esa telaraña de ideas que saltaba de pronto como carnaval del pasado? Hubo algo que recordó decir a su abuelo, y que sin necesaria articulación le hacía entender el peregrinaje. La gente agonizando ya para morir recorría entre sueños migajas de sus vivencias. Tal vez para morir tranquilos o irse más livianos. Aunque que carajos, esto aún parecía vida, a menos así se lo indicaba el respiro, porque pues lo perseguían esos bultos.

Sin embargo, los muchos años de Séneca y médico de explicaciones, no le serían suficiente práctica para esquivar la dosis, que al día siguiente le sacudió los sentidos. Se dirigía de prisa hacia la facultad de ciencias, cuando al cruzar la avenida San Pablo, sintió como extraña vez que alguien lo esperaba llegar. Le cansaba mirar a lo lejos, así que al levantar la mirada lo tragó de golpe la sorpresa. Era Farolito en alma y cuerpo. No que no lo hubiese querido dudar, pensó que los bultos no se mojaban, y este al parecer no había librado la lluvia esa tarde. Pero lo que más le impactaba no era el verlo así, tan de pronto y desgastado. Más bien lo sacudía el que él lo mirara como reconociéndolo y gustoso, como con luz en sus ojos, casi diciéndole "Al fin te encuentro Antonico chiquito, chiquito es el mundo acércate, ven."

¿Pero qué carajos hacía Farolito frente a esa fuente de la facultad de ciencias por la tarde? ¿Cómo podía caber en su razón ese cuadro del hombre con migajas de pan alimentando las palomas? Las palomas que empezaban a juntarse en lo húmedo del pavimento. Como Farolito el loco del Cortijo aquí, aquí en otro tiempo, junto a él, con su misma camisola blanca y pijama de franela negra y botas de cuero. Las mismas botas negras, cansadas, talladas del tiempo, con lodo embarrado en los talones y que empezaba a sentir atascándosele en el pecho a cada segundo que le seguía viendo tan de cercas.

No alcanzó a recobrar el último fragmento de recuerdo que de él guardó, cuando sintió que sus ojos se le clavaron de frente. Entonces sintió náuseas y derrumbes corporales que le afirmaban que estaba vivo y lo había descubierto. O se habían descubierto. Pensó que sería para otro momento el relacionar quien encontró a quien.

Pero ahí estaba el loco tan vivo como en su infancia y robándole su atención. “¿Te acuerdas Antonico, te acuerdas, te acuerdas de las palomas? Míralas son igualitas, también tienen hambre, anda dame pan para darles, no seas malo, dales pan antes que vuelen.”

Ahí estuvo sin responder por largo rato, mirando las palomas sin saber porque las miraba. Hurgó que podría responder a todo esto, pero le ganó el recuerdo que alguna vez el apóstol San Pablo se dedicó a alimentar palomas los últimos días de su vida. Creyó musitar suavemente que todos como palomas, necesitábamos migajas de vida para poder volar a otros lugares. Pero Farolito no respondió y siguió dándoles el último pan que le quedaba en la mano. “Sí Farolito, sí me acuerdo, son idénticas a las de aquellos años, son idénticas todas ellas...” Siguió murmurando tratando de atar cabos, como Séneca en su tiempo llegando a conclusiones. Metido en ese cuadro de voces y gestos, descifrando ese juego, que tal vez a ciencia cierta no sería sino otra mentira. Otro espejismo de sombras y bultos construido en su mente, su mente que ahora no estaría mas sana que la de aquel pobre demente. Aunque, “¿quién era Dios para aserir estoy completamente sano?”, pensó.

Se fijó en otra gente y refirió que tal vez lo confundía con otra conversación. Como cuando las personas conversan con alguien y coquetean sus labios movimientos desenfrenados y lejanos. Siempre se emiten sonidos que no llegan a comprenderse en medio de la propia distracción. Estirando toda posibilidad eliminó sedantes, drogas, cansancio o debilidad física. No conocía bules en ese lugar, no fumaba, ni si quiera bebía licor últimamente.

Farolito había emigrado como el resto de la gente hace. Fue la solución mas sana que se le ocurrió. Con eso de los dimes y diretes de todo se enteran la gente. Seguramente alguien le había dado la noticia que por ahí andaba un paisano, y este ni tonto ni perezoso pensó darle esa sorpresa. Pero realmente nadie conocía su estadía en esas tierras. Ay hijos, a quién se le ocurre semejantes impertinencias!, todo era tan difícil de creer y confiar hoy en día. Se acordó del debate presidencial de la noche anterior y un suspiro lo regresó a tierra firme. “Complicated” se acordó. Y entre tanta divagación de ideas no se dio cuenta que Farolito se había marchado. Que lo único que quedaba en ese cuadro era él. El viejo Antonico sentado en una banca frente a la fuente de las palomas, mirando en el reflejo de un charco su mano extendida con un trozo de pan en la mano. Se levanto de ahí aun con las botas mojadas y tomó por la calzada San Salvador. Cuando cruzó la primer avenida sonrió al alivio de una nueva ocurrencia. Pensó que tal vez con un poco de suerte el día de mañana se caería del andamio por el treintavo piso, entonces volaría por los aires como aquellas palomas para nunca mas volver a comer migajas.